

Contrajo matrimonio con Susana Daae Thorensen, mujer de talento que ejerció influencia en su vida y su obra. Ibsen fue famoso dentro y fuera de su patria, vivió en Roma, en Munich y regresó después a Cristianía. Ibsen es el fundador del teatro psicológico, sus obras triunfaron en Europa y América; asombran su fuerza creadora, la expresión de las pasiones, la maestría de la técnica, la inventiva, la grandeza de los temas.

Este dramaturgo escribe obras románticas y realistas. Famoso y admirado en Cristianía, lleva una vida, austera y ordenada, se aleja de las actividades sociales. Su vida íntima, fue tranquila y sin problemas. En 1901 tuvo ataques de apoplejía, su actividad se redujo hasta quedar completamente parálítico y después morir.

El mérito de este autor fue haber convertido el teatro en una lucha de ideas, utiliza la propia realidad como un símbolo como un medio de expresión de las ideas.

Algunas de sus obras fueron: Casa de Muñecas, Espectros, Un Enemigo del Pueblo, Peer Gynt, El Pato Silvestre, La Dama del Mar, etc.

"Casa de Muñecas" es una de las mejores obras de este autor y se te ofrece a continuación para que en ella localices los elementos propios del realismo, ya que es una obra clásica de este movimiento.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.
 NORA, su mujer.
 EL DOCTOR RANK.
 CRISTINA LINDE.
 KROGSTAD, procurador.
 IVAR
 BOB
 EMMY
 hijos de Helmer.
 ANA MARÍA, niñera.
 ELENA, criada.
 MANDADERO.

La acción se desarrolla en casa de Helmer, en Noruega.

En la traducción del título de este drama, han opinado de diverso modo los muchos traductores de Ibsen. En inglés tiene tres títulos: *Nora*, en la traducción Henrietta Frances (Londres, 1882); *The Doll's House*, en la misma traducción publicada en New York, en 1891, y *A Doll's House*, en la traducción de Archer, Londres, 1889. En francés, la han titulado *Maison de poupée*, el conde Prozor, y *Une maison de poupée*, Alberto Savine. En italiano la titulan *Casa della bambola*, Alfredo Mayza (1884), y *Casa di bambola*, L. Capuana (1895). En portugués, *Casa da boneca* (traducción Costa, Lisboa, 1894). En Rusia, los traductores han preferido titularla con el nombre de la protagonista, *Nora*, igual que el traductor servio Milan Sevic (Belgrado, 1891). Los traductores alemanes la han titulado unos *Nora* y otros *Ein Puppenheim*. La primera edición, con el título *Et Dukkehjem*, se publicó en Copenhague en 1879, y la obra, que se estrenó en el teatro de Cristianía el 20 de enero de 1880, ha recorrido en triunfo todos los escenarios del mundo.

Nora ha vivido ante los públicos de todo el mundo, encarnada en las grandes trágicas de todas las naciones. En España, fue Carmen Cobeña la encargada de dar a conocer esta obra genial, aunque no con la amplitud que la ideó Ibsen. El drama *Casa de muñeca* que conoció por ella el público español, es un drama en que un traductor poco decidido no se atrevió a dar íntegra la obra de arte y se permitió nada menos que modificar el final.

Posteriormente, Catalina Bárcena dio a conocer la obra completa y según el original en una traducción de Martínez Sierra.

En el estudio *Ibsen, su vida y sus obras*, que prepara el autor de estas traducciones, se estudia ampliamente este asunto.

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con confort y buen gusto, pero sin lujo. A la izquierda del foro, puerta del recibimiento; a la derecha del foro, la puerta del despacho de Helmer. Entre ambas puertas, un piano. A la derecha, una puerta, y en primer término, una ventana. Cerca de la ventana, mesa redonda, sillón y sofá. A la izquierda, en primer término, chimenea ante la cual están algunos sillones y una mecedora; un poco más atrás, una puerta. Entre la chimenea y la puerta, una mesita. Grabados en las paredes. Anaquel adornado con figuritas de porcelana y otros objetos de arte. Librería pequeña, llena de libros ricamente encuadrados. El suelo está alfombrado. La chimenea está encendida. Día de invierno.

(Suenan una campanilla en el recibimiento. Poco después se abre la puerta. Entra Nora tarareando alegremente, con sombrero y abrigo. Lleva algunos paquetes, que deposita en la mesa de la izquierda. Deja abierta la puerta del recibimiento, en el que se ve un demandadero que trae un Arbol de Navidad y un cesto, que entrega a la criada que abre la puerta.)

NORA.—Esconde el Arbol de Navidad, Elena. No conviene que los niños lo vean antes de la noche, antes de que esté adornado. *(Al demandadero, sacando el portamonedas.)* ¿Cuánto?

EL DEMANDADERO.—Cincuenta céntimos.

NORA.—Tome una corona. Está bien. Quédese con la vuelta.

(El demandadero saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo.)

NORA.—*(Saca del bolsillo un cucurucho de almendras garapiñadas, come dos o tres, anda de puntillas y escucha a la puerta del despacho*

de su marido.) ¡Ah! ¡Está en el despacho!

HELMER.—*(Desde el despacho.)* ¿Es mi alondra la que gorjea?

NORA.—Sí.

HELMER.—¿Es mi ardilla la que se mueve?

NORA.—Sí.

HELMER.—¿Cuándo ha vuelto la ardilla?

NORA.—Ahora mismo. *(Se guarda el cucurucho en el bolsillo, se limpia la boca y dice.)* Ven, Torvaldo, ven a ver lo que he comprado.

HELMER.—No me estorbes. *(Poco después abre la puerta y, pluma en mano, echa una ojeada por la habitación.)* ¿Comprado? ¿Todo esto? ¿El estornino chiquitín ha encontrado otra vez manera de gastar dinero?

NORA.—Sí, Torvaldo. Este año podemos gastar más. Es la primera Navidad en que no tenemos que economizar.

HELMER.—Sí... pero tampoco debemos ser pródigos.

NORA.—Sí, Torvaldo, un poco, nada más que un poco. Ahora re-

ENRIQUE IBSEN

cibirás un buen sueldo y ganarás mucho, mucho dinero.

HELMER.—Sí, desde Año Nuevo. Pero ha de pasar un trimestre todavía, antes de que yo cobre nada.

NORA.—¿Qué importa? Podemos pedir prestado.

HELMER.—¡Nora! *(Se acerca a ella y bromeando la tira de la oreja.)* ¡Siempre tan ligera! Supón que pido prestadas mil coronas, que las gastas en las fiestas de Navidad, que en vísperas de Año Nuevo me cae una teja en la cabeza y que...

NORA.—*(Tapándole la boca.)* ¡Cállate! ¡No hables así!

HELMER.—Supón que ocurre esto. Y entonces ¿qué?

NORA.—Si sucediera esto igual me daría tener deudas que no.

HELMER.—¿Y los que me hubiesen prestado dinero?

NORA.—¿Esos? ¿Quién piensa en ellos? Son extraños.

HELMER.—Nora, Nora, verdaderamente eres una mujer. Hablando en serio, Nora, ya conoces mis ideas: ni deudas ni préstamos. En toda casa fundada sobre deudas y préstamos se introduce una especie de esclavitud, algo vergonzoso. Hasta ahora, hemos sabido arreglarnos y continuaremos igual en el poco tiempo de prueba que nos falta.

NORA.—*(Acercándose a la chimenea.)* Está bien. Como quieras, Torvaldo.

HELMER.—*(Siguiéndola.)* ¡Vaya! ¡Vaya! La alondra no debe arrastrar el ala por eso. ¿Eh? ¿No se mueve ya la ardilla? *(Abre su cartera.)*

NORA.—¿qué crees que tengo aquí?

NORA.—*(Volviéndose rápidamente.)* ¡Dinero!

HELMER.—Toma. *(Le da algunos billetes de banco.)* Ya comprendo que por Navidad hay muchos gastos que hacer en una casa.

NORA.—*(Contando.)* Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Ya verás para cuánto tiempo tengo.

HELMER.—Así lo espero.

NORA.—Puedes estar seguro de

que no dejaré de hacerlo. Pero ven. Quiero enseñarte todo lo que he comprado y todo baratito. Mira: un traje nuevo y un sable para Ivar, un caballo y una trompeta para Bob y una muñeca con su cama para Emmy. Todo muy ordinario porque en seguida lo rompe. Delantales y cortes para las criadas. La buena Ana María se merece algo más.

HELMER.—Y este paquete ¿qué es?

NORA.—*(Gritando.)* No, Torvaldo, no lo puedes ver hasta la noche.

HELMER.—Bien, bien. Pero dime, derrochadora: y a ti ¿qué te gustaría?

NORA.—Ya sabes que no me preocupo nunca de mí.

HELMER.—Ya lo sé. Pero dime algo razonable que te guste.

NORA.—No sé realmente. O mira, oye, Torvaldo...

HELMER.—A ver...

NORA.—*(Jugando con los botones de su traje, sin mirarle.)* Si quisieras darme algo, podrías... podrías...

HELMER.—¡A ver!

NORA.—*(De pronto.)* ¡Podrías darme dinero, Torvaldo! ¡Oh! una pequeña cantidad, lo que puedas, y uno de estos días me compraré algo con él.

HELMER.—Pero, Nora...

NORA.—¿Verdad que sí? ¿Me lo darás, querido Torvaldo? Te lo suplico. Colgaré el dinero en el árbol, en un sobre dorado precioso. ¡Será muy divertido!

HELMER.—¿Cómo se llama el ave que derrocha siempre sin miramiento alguno?

NORA.—Sí, sí, el estornino. Ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo. Esto me dará tiempo para pensar en algo más útil. ¿No es razonable?

HELMER.—*(Sonriendo.)* Si supieras emplear el dinero que te doy y realmente comprar algo, pero desaparece en la casa y en mil naderías, y después tengo que darte más.

NORA.—Pero, Torvaldo...

HELMER.—Es positivo, mi querida Nora. (*La abraza.*) El estornino es gentil, pero necesita demasiado dinero. ¡Parece increíble lo que le cuesta a un hombre tener un estornino!

NORA.—Pero ¿por qué dices eso? ¡Ahorro lo que puedo!

HELMER.—Sí, tienes razón. Lo que puedes, pero no puedes nunca.

NORA.—(*Tarareando y riendo alegremente.*) ¡Si supieras, Torvaldo, cuántos gastos tenemos nosotras, las alondras y los estorninos!

HELMER.—Eres una personita muy original. Igual que tu padre. Tienes mil recursos para procurarte dinero; pero en seguida que lo tienes, se te escurre por entre los dedos. Nunca sabes en qué lo gastas. En fin, hay que tomarte como eres. Lo tienes en la masa de la sangre. Sí, Nora, eso es hereditario.

NORA.—¡Ya quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá!

HELMER.—Y yo te quiero tal como eres, alondra querida. Pero, oye: se me ocurre una idea: tienes hoy un aspecto, ¿cómo decirlo?, un aspecto algo sospechoso.

NORA.—¿Yo?

HELMER.—Sí, tú. ¡Mirame a los ojos!

NORA.—(*Mirándole.*)

HELMER.—¿La golosita no hizo hoy ninguna escapada?

NORA.—No. ¿Por qué me lo dices?

HELMER.—¿La golosita no ha entrado de veras en ninguna confitería?

NORA.—No. Te lo aseguro, Torvaldo.

HELMER.—¿No se ha comido ni un poco de confitura?

NORA.—No.

HELMER.—¿Ni una almendra?

NORA.—No, Torvaldo. Te aseguro que no.

HELMER.—¡Bueno! ¡Bueno! Era broma.

NORA.—(*Acercándose a la mesa*

de la izquierda.) No se me ocurriría hacer nada que te disgustara. Puedes estar seguro.

HELMER.—Sí. Ya lo sé. Me has dado palabra. (*Acercándose a Nora.*) Guarda tú sola los misterios de Nochebuena, Nora querida. Cuando se encienda el árbol se desoubriarán.

NORA.—¿Te has acordado de invitar a comer al doctor Rank?

HELMER.—No, pero es inútil. Cae de su peso. Además, le invitaré ahora cuando venga. He encargado buenos vinos. Nora, no puedes imaginarte qué alegría me da esta noche.

NORA.—A mí también. ¡Y qué contentos estarán los chicos!

HELMER.—¿Qué satisfacción da pensar que se ha llegado a una situación estable, asegurada, que uno está bien provisto de todo! ¿No es verdad? Da alegría sólo de pensar.

NORA.—Sí, es maravilloso.

HELMER.—¿Te acuerdas la Navidad pasada? Tres semanas antes, te encerrabas todas las veladas, hasta media noche, para hacer flores para el Árbol de Navidad y para prepararnos sorpresas. ¡Oh! ¡Es la época más aburrida que recuerdo!

NORA.—Yo no me aburría.

HELMER.—(*Sonriendo.*) Pero el resultado fue realmente desastroso. Nora.

NORA.—¡Bueno! ¿Vas a burlarte todavía? ¿Qué culpa tengo si el gato entró y lo destruyó todo?

HELMER.—No, Nora. No fue culpa tuya. Con la mejor voluntad del mundo querías ayudarnos, y esto es lo esencial. Sin embargo, ya era hora de que pasara el mal tiempo.

NORA.—Sí, no me sé dar cuenta todavía.

HELMER.—Ahora no me aburriré solo y tú no necesitarás atormentar tus ojos queridos ni tus lindas manitas.

NORA.—(*Aplaudiendo.*) ¿Ya no, Torvaldo? ¿Verdad? ¡Dios mío! ¡Qué alegría! Ahora voy a contarte cómo pienso que nos arreglemos, pasadas las Navidades. (*Suena el timbre.*) Lllaman. (*Arregla los sillones*

del salón.) Alguien viene. ¡Qué fastidio!

HELMER.—Si es visita, recuerda que no estoy para nadie.

LA CRIADA.—(*En la puerta de entrada.*) Señora, una señora pregunta por usted...

NORA.—Que entre.

LA CRIADA.—(*A Helmer.*) El doctor ha llegado también.

HELMER.—¿Ha pasado a mi despacho?

LA CRIADA.—Sí, señor.

(*Helmer entra en su despacho.*

La criada hace entrar a la señora Linde, que viene en traje de viaje y después cierra la puerta.)

SEÑORA LINDE.—(*Timidamente, con vacilación.*) Buenos días, Nora.

NORA.—(*Indecisa.*) Buenos días.

SEÑORA LINDE.—¿No me recuerdas?...

NORA.—En efecto... no sé... me parece... (*De pronto.*) ¡Cristina! ¿Eres tú?

SEÑORA LINDE.—Sí, soy yo.

NORA.—¡Cristina! ¡Y yo que no te reconocía! Pero, ¿cómo era posible? (*En tono más bajo.*) ¡Cuánto has cambiado, Cristina!

SEÑORA LINDE.—Es verdad. Hace nueve... diez años largos.

NORA.—¿Realmente hace tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí, sí, eso es. ¡Si supieras qué feliz fui en estos últimos años! ¿Y ahora estás aquí? ¿Hiciste un viaje tan largo en pleno invierno? Eres atrevida.

SEÑORA LINDE.—Llegué en el vapor esta mañana.

NORA.—¿Para pasar las Navidades, naturalmente? ¡Qué alegría! ¡Cuánto vamos a divertirnos! ¡Quítate el abrigo! ¿No tienes frío, verdad? (*La ayuda.*) Ahora vamos a sentarnos cómodamente ante la chimenea. No, siéntate en este sillón. Yo me siento en la mecedora, es costumbre. (*Le coge las manos.*) Ahora sí te recuerdo bien; en el primer momento, no... Estás un poco más pálida, Cristina, y un poco más delgada también.

SEÑORA LINDE.—Y mucho más vieja, Nora.

NORA.—No, un poco, muy poco, tal vez sí, pero mucho, no. (*Se calla de pronto y luego dice con seriedad.*) Pero ¡qué loca estoy! Con tanto charlar... ¡Querrida Cristina, perdóname!

SEÑORA LINDE.—¿Qué quieres decir, Nora?

NORA.—(*Con cariño.*) Pobre Cristina, eres viuda.

SEÑORA LINDE.—Sí, hace tres años.

NORA.—Lo sé. Lo he leído en los periódicos. Cristina, puedes creerme. Muchas veces pensé en escribirte entonces, pero siempre aplazaba la carta de un día para otro y siempre venía algo a estorbarlo.

SEÑORA LINDE.—Me hago cargo perfectamente.

NORA.—No, Cristina, hice muy mal. Pobre amiga, ¡cuánto debes haber sufrido! ¿No te dejó para vivir?

SEÑORA LINDE.—No.

NORA.—¿Hijos?

SEÑORA LINDE.—Tampoco.

NORA.—Nada entonces.

SEÑORA LINDE.—Ni siquiera una tristeza en el corazón, uno de esos sentimientos que pueden llenar una vida.

NORA.—(*Mirándola con incredulidad.*) Pero, Cristina, ¿cómo es posible?

SEÑORA LINDE.—(*Sonriendo amargamente y acariciándole el cabello.*) Así ocurre a veces, Nora.

NORA.—¡Sola en el mundo! ¡Cuánto debes sufrir! Yo tengo tres niños monísimos. Ahora no puedes verles. Salieron con la niñera. Cuéntamelo todo.

SEÑORA LINDE.—Después. Empieza tú.

NORA.—No, tú primero. Hoy no quiero ser egoísta, no quiero pensar más que en ti. Hay algo, sin embargo, que quiero decirte. ¿Sabes la gran suerte que hemos tenido estos días?

SEÑORA LINDE.—No; ¿cuál?

NORA.—Han nombrado a mi marido director del Banco.

SEÑORA LINDE.—¿A tu marido? ¡Qué suerte!

NORA.—¿Verdad? Es triste ser abogado, sobre todo cuando no se quieren aceptar más que causas buenas y justas. Y éste era naturalmente el caso de Torvaldo, en lo cual le apruebo por completo. Ya ves si somos felices. En primero de año debe ocupar el puesto. Tendrá un gran sueldo y muchas ventajas más. Entonces podremos vivir como queramos, no como ahora. ¡Cristina, qué dichosa soy y qué tranquila me encuentro! Es delicioso tener mucho dinero y no preocuparse por nada. ¿No es verdad?

SEÑORA LINDE.—Sí. En todo caso, debe ser agradable tener lo necesario.

NORA.—No, no sólo lo necesario, sino mucho, mucho dinero.

SEÑORA LINDE.—(Sonriendo.) Nora, Nora ¿aún no eres razonable? En el colegio eras muy derrochadora.

NORA.—(Sonriendo cariñosamente.) Torvaldo dice que lo soy aún. (Amenazando con el dedo.) Nora, Nora no es tan loca como vosotros creéis. Hasta ahora no tiene gran cosa que derrochar. Tuvimos que trabajar los dos.

SEÑORA LINDE.—¿Tú también?

NORA.—Sí, en cosas pequeñas, labores, crochet, bordados, etc. (Cambiando de tono.) Y en algo más. Sabes que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. No tenía esperanzas de aumento de sueldo en la oficina y necesitaba ganar más que antes. El primer año tuvo un trabajo abrumador. Tenía que buscar trabajos extraordinarios y trabajar desde por la mañana hasta por la noche. Esto fue superior a sus fuerzas y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que ir al Mediodía.

SEÑORA LINDE.—Es verdad. Estuvisteis un año en Italia.

NORA.—Sí, y no fue fácil deci-

dirse, como puedes suponer. Ivar acababa de nacer. Pero era necesario. Fue maravillosamente hermoso el viaje. Salvó la vida a Torvaldo, pero ¡cuánto dinero costó, Cristina!

SEÑORA LINDE.—Ya me lo figuro.

NORA.—¡Mil doscientos escudos! ¡Cuatro mil ochocientas coronas! Eso sí que es dinero.

SEÑORA LINDE.—Sí, y en estos casos es gran suerte el tenerlas.

NORA.—Voy a decírtelo: fue papá quien nos lo dio.

SEÑORA LINDE.—Sí, precisamente fue en la época en que murió tu padre, si mal no recuerdo.

NORA.—Sí, Cristina, en la misma época. Y figúrate que no pude asistirle. Esperaba de un día para otro el nacimiento de Ivar, y mi pobre Torvaldo, muriéndose, necesitaba de mis cuidados. ¡Qué bueno era papá! ¡No volví a verle! Es lo más doloroso que he tenido que sufrir desde que estoy casada.

SEÑORA LINDE.—Ya sé que le querías mucho. ¿De modo que os fuisteis a Italia?

NORA.—Sí, teníamos dinero y los médicos nos metían prisa. Nos marchamos un mes después.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido regresó enteramente curado?

NORA.—Se encontraba perfectamente.

SEÑORA LINDE.—¿Y ese médico?

NORA.—¿Qué quieres decir?

SEÑORA LINDE.—Recuerdo que la criada ha anunciado al doctor, haciéndole entrar al mismo tiempo que a mí.

NORA.—Sí, el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo: viene a vernos por lo menos una vez al día. No, Torvaldo después no tuvo ni una indisposición. Los niños también están buenos y sanos y yo igual. (Se levanta de un salto y aplaude.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cristina, qué delicioso es vivir y ser feliz! Pero esto es vergonzoso... no hablo más que de mí. (Se sienta en un taburete al

lado de Cristina y se apoya en sus rodillas.) ¿No lo tomas a mal, verdad? Di, ¿es verdad que no amabas a tu marido? ¿Por qué te casaste entonces?

SEÑORA LINDE.—Mi madre vivía aún, enferma y sin sostén. Además tenía que mantener a mis dos hermanos pequeños. No me creí con derecho a rechazar su oferta.

NORA.—No, no. Tengo la seguridad de que tuviste razón. ¿Era rico en aquella época?

SEÑORA LINDE.—Estaba en posición desahogada. Pero era una fortuna irregular. A su muerte todo se hundió. No se salvó nada.

NORA.—¿Y entonces?

SEÑORA LINDE.—Tuve que idear un negocito, una escuela que dirigía yo. ¡Qué sé yo! Los tres últimos años no fueron para mí más que un solo día de trabajo muy largo. Ahora ya no, Nora. Mi pobre madre no necesitaba ya de mí: se fue. Los niños, tampoco. Ya saben ganarse la vida.

NORA.—¡Qué tranquila debes estar!

SEÑORA LINDE.—No, Nora: ahora siento un vacío insoportable. ¡No tener nadie a quien consagrarme! (Se levanta con inquietud.) Por eso no pude permanecer más tiempo allá, en aquel país aislado. Aquí debe ser más fácil abstraerse en una ocupación, distraer el pensamiento. ¡Si tuviese la suerte de encontrar colocación en alguna oficina...!

NORA.—¿Piensas en eso? ¡Cansa tanto! Y además necesitas descansar. Debes irte a una playa.

SEÑORA LINDE.—No tengo papá que me pague el viaje.

NORA.—(Levantándose.) No te enfades conmigo.

SEÑORA LINDE.—Eres tú, querida Nora, la que no debes enfadarte conmigo. Lo peor que sucede en una situación como la mía, es que el carácter se agría. No tenemos a nadie por quien trabajar y sin embargo tenemos que defendernos de

todos, porque es preciso vivir. Y nos convertimos en egófstas. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me hablaste de la buena marcha de vuestros negocios, me alegré más por mí que por ti.

NORA.—¿Cómo? ¡Ah! ¡Sí...! Comprendo. Pensaste que Torvaldo podría serte útil.

SEÑORA LINDE.—Sí, lo pensé.

NORA.—Lo será, Cristina. Voy a preparar el terreno delicadamente, a pensar en algo que predisponga a Torvaldo en tu favor. ¡Oh! ¡Tengo tantos deseos de servirte!

SEÑORA LINDE.—Eres muy buena, Nora, demostrando tanto empeño... Tanto más buena, cuanto que apenas conoces las miserias y los disgustos de la vida.

NORA.—¿Yo? ¿Lo crees?

SEÑORA LINDE.—(Sonriendo.) Sí; ya me figuro, labores y bagatelas por el estilo. Eres una niña, Nora.

NORA.—(Moviendo la cabeza y atravesando la escena.) No hables tan ligeramente.

SEÑORA LINDE.—¿De veras?

NORA.—Piensas como los demás. Crees que no sirvo para nada serio.

SEÑORA LINDE.—¡Vaya! ¡Vaya!

NORA.—Que no tengo la menor idea del lado doloroso de la vida.

SEÑORA LINDE.—Pero, querida Nora, si acabas de contarme todas las dificultades que has tenido...

NORA.—¡Bah...! ¡Bagatelas...! (En voz baja.) No te he contado lo principal.

SEÑORA LINDE.—¿Qué quieres decir?

NORA.—Me tratas con superioridad, Cristina, y no debes hacerlo. Estás orgullosa por haber trabajado tanto y tanto tiempo por tu madre.

SEÑORA LINDE.—A nadie trato con superioridad. Pero tienes razón al decir que estoy contenta y orgullosa al pensar que, gracias a mí, los últimos días de mi madre fueron tranquilos.

NORA.—¿Y estás orgullosa también por lo que hiciste por tus hermanos?

SEÑORA LINDE.—Me parece que tengo derecho a estarlo.

NORA.—Es lo que pienso yo. Ahora voy a contarte una cosa, Cristina. También yo tengo un motivo de alegría y de orgullo.

SEÑORA LINDE.—No lo dudo. Pero ¿cómo lo juzgas tú misma?

NORA.—Habla más bajo. ¡Si Torvaldo nos oyera! Por nada en el mundo quisiera que... Nadie debe saberlo, nadie en el mundo, a excepción de ti, Cristina.

SEÑORA LINDE.—Pero ¿qué es?

NORA.—Ven más cerca. (*Atrayéndola a su lado en el sofá.*) Sí... oye... también puedo estar orgullosa y contenta de mí. Yo salvé la vida de Torvaldo.

SEÑORA LINDE.—¿Salvado? ¿Cómo salvado?

NORA.—Te he hablado ya de nuestro viaje a Italia. ¿Verdad? Torvaldo hubiera muerto si no hubiera podido ir al Mediodía.

SEÑORA LINDE.—Sí; tu padre os dio el dinero necesario.

NORA.—Sí, eso creen Torvaldo y todo el mundo; pero...

SEÑORA LINDE.—Pero...

NORA.—Papá no nos dio un céntimo. Yo busqué el dinero.

SEÑORA LINDE.—¿Tú...? ¿Una cantidad tan grande...?

NORA.—Mil doscientos escudos, cuatro mil ochocientas coronas. Y ahora ¿qué dices?

SEÑORA LINDE.—Pero Nora, ¿cómo pudiste? ¿Te tocó algún premio a la lotería?

NORA.—(*Con desprecio.*) ¿A la lotería? (*Con desdén.*) ¿Qué mérito hubiera tenido?

SEÑORA LINDE.—Pues ¿dónde lo encontraste?

NORA.—(*Sonriendo maliciosamente y tarareando.*) ¡Ah! ¡Tra la la!

SEÑORA LINDE.—No hubieras podido pedirlos prestados.

NORA.—¿Por qué?

SEÑORA LINDE.—Porque una mujer casada no puede pedir dinero sin consentimiento de su esposo.

NORA.—(*Moviendo la cabeza.*)

¡Bah! Si se trata de una mujer algo práctica... una mujer que sepa desenvolverse fácilmente...

SEÑORA LINDE.—Nora, no comprendo ni una palabra.

NORA.—No necesitas comprender. No he dicho que pidiera prestado ese dinero. Me lo he podido procurar de otro modo. (*Se echa en el sofá.*) Pude haberlo recibido de un adorador... ¿no? Con mis atractivos...

SEÑORA LINDE.—¡Qué loca eres! NORA.—Confiesa que estás intrigadísima.

SEÑORA LINDE.—Supongo, Nora, que no habrás cometido ninguna locura.

NORA.—(*Incorporándose.*) ¿Es locura salvar la vida al marido?

SEÑORA LINDE.—Lo que puede ser una locura es que a sus espaldas...

NORA.—¡Pero si precisamente él no podía saberlo! ¿No lo comprendes? No debía conocer la gravedad de su estado. A mí me vinieron a decir los médicos que su vida peligraba, que sólo una temporada en el Mediodía podía salvarle. ¿Crees que no me costó trabajo engañarle? Le ponderaba lo feliz que sería viajando por el extranjero como otras mujeres jóvenes; lloraba, suplicaba, le decía que debía considerar el estado en que me hallaba y satisfacer mi deseo. Por fin, le insinué que debía pedir dinero prestado. Pero entonces, Cristina, estuvo a punto de enfadarse muy seriamente. Me dijo que era una aturdida, y que su deber de marido era no doblegarse a mis fantasías y a mi capricho. "Bueno, bueno, pensaba yo, cueste lo que cueste, le he de salvar." Entonces se me ocurrió una idea.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no era suyo?

NORA.—Nunca. Papá murió pocos días después. Había pensado revelárselo todo, rogándole que no me vendiera, pero estaba tan enfermo... Desgraciadamente, no tuve tiempo de intentarlo.

SEÑORA LINDE.—Y después ¿nunca se lo confesaste a tu marido?

NORA.—¡No, Dios mío! ¡Ni pensarlo! ¡A él, que es tan severo en este punto! Y además, a Torvaldo, con su amor propio de hombre, le hubiera sido muy doloroso. ¡Qué humillación para él saber que me debía algo! Hubiera interrumpido nuestras relaciones: nuestro hogar, tan agradable, tan dichoso, no sería lo que es.

SEÑORA LINDE.—¿Nunca se lo dirías?

NORA.—(*Reflexionando y sonriendo.*) Sí... con el tiempo, tal vez. Dentro de muchos, de muchos años, cuando no sea tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir: cuando Torvaldo no me ame tanto, cuando no goce tanto viéndome bailar, disfrazarme y declamar para él. Entonces, acaso convenga tener algo a qué recurrir. (*Interrumpiéndose.*) ¡Bah! No llegará nunca ese día. Y ahora, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También he sido útil para algo. Puedes creerme si te digo que este asunto me causó muchos disgustos... No me ha sido fácil, dicho sea en honor de la verdad, pagar en fecha fija. En los negocios hay una cosa que se llama la amortización, y todo esto es terriblemente difícil de arreglar. He tenido que economizar un poco de cada cosa. En el hogar poco pude conseguir; era necesario que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían ir mal vestidos. Todo cuanto recibía para ellos, me parecía justo emplearlo en ellos. ¡Angelitos míos!

SEÑORA LINDE.—¿Tuviste que quitártelo de tus gastos personales, pobre Nora!

NORA.—Naturalmente. Además, era lo más justo. Cada vez que Torvaldo me daba dinero para alfileres, gastaba sólo la mitad: compraba siempre lo más barato. Afortunadamente todo me sienta bien, y así Torvaldo no ha notado nada.

Sin embargo, a veces me duele. Cristina. ¡Es tan agradable ir elegante! ¿Verdad?

SEÑORA LINDE.—Ya lo creo.

NORA.—Tengo otros ingresos. El invierno pasado tuve la suerte de encontrar mucho trabajo de copia. Entonces me encerraba y escribía hasta hora muy avanzada de la noche. ¡A veces me encontraba muy cansada! ¡Muy cansada! A veces me parecía que era un hombre.

SEÑORA LINDE.—¿Cuánto has podido pagar así?

NORA.—No puedo decírtelo exactamente. Es muy difícil entenderse en esta clase de negocios. Sólo sé que pagué cuanto pude. A veces no sabía qué idear (*sonriendo*), y me figuraba que un señor muy rico se enamoraba de mí...

SEÑORA LINDE.—¿Cómo? ¿Qué señor?

NORA.—¡Tonterías! Que moría y que al abrir su testamento se leía en grandes letras: "Todo mi dinero es para la encantadora Nora Helmer y le será entregado en el acto."

SEÑORA LINDE.—Pero, querida Nora, ¿quién es ese señor?

NORA.—Pero ¿no lo comprendes? El viejo no existe más que en mi imaginación. Era lo único que se me ocurría cada vez que no encontraba medio de procurarme dinero. Por lo demás, ahora ya me es indiferente. El viejo bonachón puede vivir cuanto le parezca. Ya no me preocupo de él, ni de su testamento, porque ahora ya estoy tranquila. (*Se levanta vivamente.*) ¡Oh! Dios mío, ¡qué alegría da pensarlo! ¡Cristina, tranquila! ¡Vivir tranquila, tranquila del todo, jugar con los niños, arreglar la casa bien, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla! Después vendrá la primavera: el hermoso cielo azul. Tal vez nosotros podamos viajar un poco. ¡Volver a ver el mar! ¡Oh! ¡Qué hermoso es vivir y ser feliz! (*Llaman.*)

SEÑORA LINDE.—(*Levantándose.*) Llaman. ¿Debo irme?

NORA.—No, quédate. No vendrá